

apiada como el más tierno y compasivo padre; porque Dios conoce, dice la Escritura, la fragilidad de nuestro sér. Tiene muy presente que somos polvo, y que los días del hombre son como el heno: cual la flor del campo, así florece y se marchita... Pero la misericordia del Señor es eterna y dura para siempre sobre aquellos que le temen (1).

¡Oh, Dios mío! que vuestra ciencia alumbre todos mis caminos y dirija mis pasos hacia Vos, en quien está la fuente de la vida, y en cuya luz veremos la luz de indeficiente y eterna claridad; y al contemplar vuestra divina hermosura, quedaremos embriagados con la abundancia de tu casa, y nos harás beber en el torrente de tus delicias (2).

(1) Ps. CII, 13-17.

(2) Ps. XXXV, 9, 10.



CAPÍTULO III

EL AMOR EN DIOS NUESTRO SEÑOR

I

Dios, el Sér de los séres, acto purísimo, inteligencia infinita, tiene una voluntad perfectísima, y por esto hay en Él amor; porque el amor es el primer acto propio de la voluntad, y por lo mismo donde ésta existe, hay amor (1). El primer movimiento de la voluntad y de cualquiera virtud apetitiva es el amor. El acto de la voluntad tiende al bien y al mal como á sus propios objetos; entre estos, el bien es por sí el principal y directo, y el mal el secundario é indirecto, esto es, en cuanto que se opone al bien. Síguese de aquí que los actos de la voluntad y del apetito concernientes al bien, son primero que los que se refieren

(1) D. Thom, cit. q. XX.

al mal; como la alegría respecto á la tristeza, y el amor opuesto al odio; pues lo que existe por sí es anterior á lo que existe por otro.

Es propio de la razón del amor que el amante quiera el bien del amado, y Dios quiere su propio bien y el de las criaturas. ¿Y por qué quiere su propio bien? Porque todo sér inteligente tiene que quererlo; porque la luz, la verdad y la vida son amables por sí mismas. Siendo Él, como es, la inteligencia suprema, ¿dejaría de conocer el océano infinito de sus perfecciones; pudiera ser indiferente á su santa voluntad la perfecta hermosura y todos los encantos de la esencia divina? Y si todo esto fuera distinto de Él mismo, no veríamos con toda claridad la suprema y altísima razón de su eterno y soberano amor; mas la hermosura y la bondad infinita, y el océano de toda grandeza y perfección, y la vida, y la luz y la gloria, todo es Él mismo. Se ama, pues, con un amor eterno, infinito y perfecto.

El amor se refiere al amado cual si fuese con él un mismo sér: por esto la razón del amor consiste en que el afecto del amante se dirija al amado cual si fuese uno mismo con éste. Sigue-se de aquí que cuanto es más estrecho el vínculo de unión, es más intenso el amor; y cuanto es más íntima y profunda la unión que entre ambos existe, el amante y el amado, es más firme el amor. Ahora bien: el vínculo por el cual todas las cosas se unen á Dios, es su bondad, que en Él mismo es íntima y profunda, que

es el mismo Dios. Hay por lo mismo en Dios Nuestro Señor amor, no sólo verdadero, sino perfectísimo y firmísimo.

Es propio del amor inclinar mutuamente al amante y al amado. Ya que la semejanza, la conformidad ó la conveniencia de los afectos de entrambos llevan dulcemente el uno al otro, á fin de que la unión que ha comenzado el afecto quede realizada con la obra. Mas Dios mueve todas las otras cosas á la unión, y dándoles el ser y las otras perfecciones, las une consigo del modo que esto es posible.

Finalmente, el principio de toda afección es el amor; por esto, el gozo y el deseo no son sino del bien del amado, y el temor y la tristeza por el mal que se teme contrario al amado; de estos afectos se originan todos los demás; mas en Dios existen el gozo y las delicias, como lo testifican los Sagrados Libros. Hicisteme conocer las sendas de la vida, decía David, me coronarás de gozo con la vista de tu divino rostro: en tu diestra se hallan delicias eternas (1). Yo tenía mis delicias en su presencia, nos dice la Sabiduría de Dios, *ludens coram eo* (2).

Dios se ama á sí mismo con un amor eterno, infinito y perfecto. Nadie sino Él comprende la divina y adorable complacencia que tiene en su propia grandeza, en ser quien es, el Sér de los seres, dichosísimo y sólo poderoso, Rey de

(1) Ps. XV, 11.

(2) Prov. VIII, 30.

los reyes y Señor de los señores (1). Es el sumo bien; su perfección es infinita, y no desea ni puede desear felicidad alguna que en sí mismo no tenga. Su felicidad es inmutable, no puede aumentar ni disminuir. Por felicidad se entiende el bien perfecto de la naturaleza intelectual, á la que corresponde conocer su propia suficiencia en el bien que posee, previendo lo que le puede acontecer, ya sea favorable, ya adverso, y ser dueño de sus operaciones. Todo esto conviene á Dios de una manera excelentísima, porque es inteligente y perfecto (2).

La felicidad de Dios es por razón de su entendimiento; pues como todo sér aspira á su perfección, igualmente la naturaleza intelectual apetece su felicidad. Siendo inteligente, la felicidad será su propio bien; bien al cual no pueda dirigirse cual si no lo poseyese, sino en el que se deleita, pues lo tiene consigo, y Él es el mismo bien, su misma dicha. La naturaleza intelectual desea ó quiere en gran manera lo más perfecto que en ella existe, esto es, su felicidad; mas lo perfectísimo en cada uno es su más acabada operación; y el que esto sea perfecto, depende de su propio género, esto es, que sea inmanente, ó sea existiendo siempre en el que obra, no habiendo cosa alguna fuera de la misma operación, ni que tenga que referirse

(1) I Tim. VI, 15.

(2) D. Thom. I, P. q. XXVI.

á otra cosa. Debe ser de una altísima potencia, el principio de la operación, y en cuanto á su objeto ser el más elevado, y éste es la inteligencia infinita. Cuanto á la forma de la operación, debe ésta realizarse perfecta, fácil y deleitablemente. Todo esto lo hallamos en la operación de Dios, porque Él es inteligente, y su divino entendimiento es de altísima y soberana virtud: ni necesita de hábito alguno que lo perfeccione, porque en sí mismo es perfecto; Dios se conoce y entiende á sí mismo, siendo, como es, el Sér inteligible; y se conoce perfectamente, sin dificultad alguna y con dulzura infinita.

La felicidad de nuestro Dios querido es operación intelectual, y ésta es su misma substancia; por esto Él es su propia dicha. Además, la felicidad, siendo el último fin, es lo que se ama principalmente; Dios de esta manera quiere su esencia, la cual es por lo mismo su felicidad. Por último, todo lo que se quiere se ordena á la misma felicidad, que ni se ordena á otra cosa, y en ella descansan todos los deseos; mas Dios quiere todas las otras cosas por su bondad, que es su esencia; y así como una y otra es Él mismo, así también Él es su propia dicha. Esta dicha es perfectísima, que no se acerca á Dios, sino que es Él mismo, y bien sabemos que cada uno es tanto más feliz cuanto más se acerca á la fuente de la dicha; y por esto, siendo la felicidad una misma cosa con Dios, es perfectísimo sobre toda expresión y no corresponde sino á Él, que es feliz por su misma esencia, lo cual

es enteramente comunicable á las criaturas (1).

La enseñanza del Doctor Angélico que hemos transcrito, hace que nos ocupemos en pensamientos verdaderamente celestiales. En efecto; al pensar que en Dios existe el amor, que Él es el mismo amor; que es infinitamente dichoso y que Él mismo es su dicha infinita, inmutable y eterna, el corazón le adora y bendice y le ama con toda su ternura. Los ángeles allá en el cielo, al contemplar la dicha del Señor, como olvidados de sí mismos, cantan sin cesar el himno del amor eterno: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llenos están los cielos y la tierra de la majestad de vuestra gloria. Esta es la dicha de aquellos felicísimos espíritus: contemplar á Dios, bendecirle y amarle. Nosotros aún no vemos claramente al que es el Sumo Bien; mas sin embargo, iluminados con la luz de la fe elevamos á Él nuestros ojos, y le enviamos todo nuestro amor, y bendecimos y adoramos su infinita gloria, su eterna y soberana dicha.

El amor que le tenemos hácenos hallar nuestras delicias en su gloria, en su felicidad santa y adorable, y cuanto mas le amemos mayor será nuestra delicia. En Él está el amor, es el mismo amor, su felicidad es infinita y Él es su misma dicha. ¿Quién podrá decirnos el inmenso gozo de Dios Nuestro Señor en todo esto, que

(1) *Summ. contr. gent.* libro. I. c. C.-CI-CII

es Él mismo, aquel su descanso dulcísimo y sagrado de su voluntad en lo que ama, que es el mismo Dios? En esto, siéntese nuestra alma inundada en júbilo inefable y brotan de los ojos lágrimas de amor, y nuestros labios prorrumpan en humildes y tiernas alabanzas al Dios que tanto amamos. El amor quiere el bien de su amado; mas cuando éste es el Sér de los seres, el Santo, el Creador de la hermosura, aquel á quien todo se debe, el amor se deshace en dulcísimos y ardientes afectos; y viendo que la dicha del que ama es infinita, que tiene en sí mismo todos los bienes, el amor desfallece; su gozo es inmenso, y, como olvidado de sí mismo, sólo se goza en el seno de su Amado. Aquí tiene sus divinas delicias, aquí su descanso dulcísimo y santo, su vida y toda su dicha, y está contemplando aquella felicidad eterna y perfecta del que tanto ama; felicidad que no puede comprender, pero sí alabar y ofrecerle todos sus afectos; y esto es lo que hace, y exclama lleno de ternura: Bendición y claridad y sabiduría y acción de gracias y honor y virtud y fortaleza á mi Dios querido, ahora y para siempre. Amén.

II

Dios es amor, es perfecta caridad; mas ¿en ese amor existimos nosotros, y esa caridad nos encierra en sus divinos ardores? Dulcísimo es poder contestar afirmativamente. Dios nos

ama y estamos en Él, no sólo porque Él mismo es inmenso, sino además porque su amor nos tiene consigo. Dios ama todo lo que existe, porque todo lo que tiene sér es bueno en este concepto, ya que la existencia es un bien, como son bienes asimismo las demás perfecciones que lo adornan. La voluntad de Dios es la causa de todas las cosas; y en estas hay tanto de sér y de bien, cuanto Dios ha querido. Quiere, pues, Dios un bien para cada sér que existe; y como amar no es otra cosa que querer el bien para alguno, síguese que Dios ama cuanto existe (1). Mas el amor de Dios para con nosotros no ha sido prevenido por nuestro amor para con Él; nos amó primero. Él mismo nos escogió, antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mancha en su presencia, por la caridad; habiéndonos predestinado al sér de hijos suyos adoptivos por Jesucristo, á gloria suya, por un puro efecto de su buena voluntad, á fin de que se celebre la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo gratos á sus ojos en su querido Hijo (2). Su buena voluntad, la gloria de su gracia... ¡oh, y cuán alto habla todo esto al amor de nuestras almas; y cómo las obliga enteramente para con Dios Nuestro Señor! Se inclinó á nosotros; nos amó desde la misma eternidad, no porque le hubiesen obligado nuestros méritos, ya que entonces no existíamos, ni hay quien

(1) I p. V, XX, a. II.

(2) Ephes. I. 4-6.

á Él le haya dado primero para que pretenda ser recompensado (1). No, no es dable comprender la benignidad y la dulzura de su amor, tan noble y generoso.

Si nuestros méritos no podían obligarle á que nos amase, Él no ignoraba cuán ingratos seríamos para con su Majestad, y sin embargo, quiso amarnos con singular y tiernísimo cariño. En efecto, no solamente determinó darnos la existencia, sino además quiso llamarnos al reino de su Hijo muy amado, Nuestro Señor Jesucristo, por cuya sangre logramos la redención y el perdón de los pecados, por las riquezas de su gracia que ha derramado con abundancia sobre nosotros, colmándonos de toda sabiduría y prudencia, para hacernos conocer el misterio de su voluntad, fundado en su mero beneplácito (2).

¿Queremos contemplar nuevas maravillas en el amor que Dios se ha dignado tenernos? Pues reflexionemos que con un mismo acto de su adorable voluntad se ama á sí mismo, y ama también á cada uno de nosotros. El acto sacratísimo de su voluntad, en cuanto á Él es necesario; mas no respecto de nosotros. Si consideramos la unión que establece ese acto único de la voluntad divina entre Dios y nosotros, el gozo más profundo inundará nuestras almas. ¡Qué santas delicias, qué júbilo inefable ten-

(1) Rom. XI, 35.

(2) Eph. I, 7-9.

dremos que experimentar pensando en esa unión dulcísima y sagrada con el Sér de los seres, nuestro Dios amado, principio de la vida, fuente inagotable de la luz y toda nuestra gloria!

La virtud, con una operación, ó sea con un acto, se dirige á su objeto y á la razón formal de este mismo; mas cuando solamente por el fin deseamos alguna cosa, ésta toma su razón de aquel fin. Por esto Dios, queriendo todas las otras cosas, por sí mismo, como por fin, con un solo acto de la voluntad se ama á sí mismo y á las criaturas. Dios siempre se ama á sí mismo; y si con otro acto de su voluntad amase á las criaturas, se seguiría que en esta voluntad santísima habría dos actos, lo cual es imposible; porque en una potencia simple no puede haber dos operaciones. El querer de Dios es su Sér; y siendo éste uno, uno es también su divino querer. Corresponde á Dios esta voluntad según que es inteligente; y por lo mismo, así como con un solo acto se entiende á sí mismo y á las criaturas, según que su esencia es el ejemplar de todas, así también con solo un acto de su voluntad se ama á sí mismo y á ellas, ya que su divina bondad es la razón de toda bondad (1).

La benignidad de Dios nos descubre todos sus encantos en habernos amado con el mismo acto con que se ama á sí mismo; y esto, ¿por qué causa? Porque su amor hacia nosotros no

(1) Rom. cap. LXXVI, y 76.

fue necesario, sino libre. Él ordena todas las cosas al fin de su bondad; mas su voluntad no se inclina necesariamente á las cosas que miran al fin, si éste puede subsistir sin aquéllas; y no hay duda alguna que la bondad de Dios puede subsistir sin las criaturas; aun hay más: éstas no pueden aumentarla. Además, Dios conoce necesariamente lo que es distinto de sí mismo; mas no es necesario que lo quiera; exige lo primero la misma perfección de Dios; pero esa bondad divina no requiere necesariamente que existan cosas distintas de sí mismo que se ordenen á ella como á su fin; y de hecho no quiere todas aquellas que puedan ordenarse á ella misma (1).

Ni nuestros méritos pudieron obligar el amor que Dios nos tiene, ni este amor era necesario á la divina esencia, y sin embargo se ha dignado amarnos, y con un afecto que no podemos comprender, eterno, generoso en sus manifestaciones, sufridísimo y constante. ¿Encontraremos quien así nos ame, ó el amor de las criaturas nos hará dichosos como el que Dios nos tiene? He ahí, pues, por una parte, la obligación en que estamos de amarle con todo el corazón y sobre todas las cosas; y por otra el interés con que debemos velar por nuestra propia dicha. El amor del mundo, en vez de hacernos felices, nos aleja de la fuente del bien, que sólo hallamos en el seno de Dios, en su

(1) Rom. cap. LXXXI.

amor divino. Amemos, pues, al que así nos quiso amar; al Dios Altísimo y eterno en quien están todos nuestros bienes.

Dios no ama igualmente á todos los seres. Amar es querer el bien para alguno, y este amor puede considerarse por parte del acto de la voluntad; que puede ser más ó menos intenso, y en este sentido no ama Dios más á unos seres que á otros; porque los ama á todos por un simple y único acto de su voluntad, que siempre es el mismo; mas por parte del bien que se quiera para el amado, se dice con verdad que amamos más al que deseamos mayor bien, aunque no le amemos con voluntad más intensa; de este modo, Dios ama más á unos seres que á otros; porque siendo el amor de Dios la causa de la bondad de los seres, no sería el uno mejor que el otro si no quisiera Dios mayor bien para aquel que para este; por lo mismo Dios ama más los seres más excelentes, ya que sobre estos, con preferencia á los demás, la voluntad divina derrama con mayor largueza los tesoros de su bondad, y les comunica mayores bienes que á los restantes (1).—Pensemos ahora en las gracias que hemos recibido del Señor. ¿Hay algún don en nuestras almas que sea más excelente que otros que ha comunicado á muchos de nuestros hermanos? Si esto fuese así, desde luego tenemos que humillarnos en la presencia del Señor, no atribuyendo á nuestros méritos

(1) I. p. q. XX, a. II-IV.

sus gracias, sino viendo en todo esto su voluntad dulcísima y amable, que quiso así favorecernos por su infinita bondad. ¡Mas ay! Tal vez las singulares gracias con que el Señor se ha dignado preferirnos, no solamente no las habíamos merecido, sino, todo lo contrario, con nuestra indigna conducta pusimos repetidas veces grandes obstáculos á tales efusiones de la divina bondad; mas ésta quiso triunfar de nosotros, y se dignó alejarnos del peligro y quiso perdonarnos nuestras maldades... y ¿todo esto por qué causa? Oigamos lo que decía de sí mismo el Rey David: El Señor me sacó á un lugar espacioso; me salvó por un efecto de su buena voluntad para conmigo (1). ¡Qué confusión tan saludable debe apoderarse de nosotros! Nuestras culpas tienen que humillarnos hasta el fondo de la nada; y así humillados descubrimos las riquezas de la divina bondad para con nosotros, y la humildad engendrará la gratitud. Muy obligados nos tiene el Señor para con Él; debemos ser enteramente suyos, y sus dones sólo nos deben servir para ser agradecidos, y, en verdad, muy fieles á su santo servicio. Deben humillarnos más y más, ya que la propia conciencia nos descubrió que estábamos muy lejos de poder merecerlos; y no sólo tendrá que decirnos: ¿qué tienes que no hayas recibido de mí? Y si lo has recibido, ¿por qué te glorías como si no lo hubieses recibido? Tendrá

(1) Ps. XV, II, 20.

que añadir: ¿Á cuál de las gracias del Señor no has puesto embarazo, ó cuál de ellas te ha encontrado dispuesto á recibirla?

Si son argumentos del amor que Dios nos tiene las gracias con que se ha dignado enriquecernos, son también una carga muy grande que ha puesto sobre nosotros, y de todas ellas tendremos que dar estrechísima cuenta en el juicio de Dios. Á quien mucho se le ha dado, mucho tendrá que pedirsele (1); por esto, el santo temor de Dios nunca debe separarse de nosotros, y la vigilancia cristiana jamás nos ha de abandonar.

(1) Luc. XII, 48.



CAPÍTULO IV

EL PADRE CELESTIAL

I

A la primera persona de la Santísima Trinidad le damos el nombre de Padre, y lo es con toda propiedad; porque en aquel augusto Misterio, el nombre propio de cada persona significa lo que la distingue de todas las demás; porque así como es de la esencia del hombre constar de alma y cuerpo, así en la noción de un hombre determinado, entran tal alma y tal cuerpo; como que esto es lo que le distingue de sus semejantes; mas la paternidad es lo que distingue la persona del Padre, de las otras; por esto su nombre propio es el de Padre (1).

La razón de paternidad y filiación se hallan

(1) I. p. q. XXXIII, a. II.